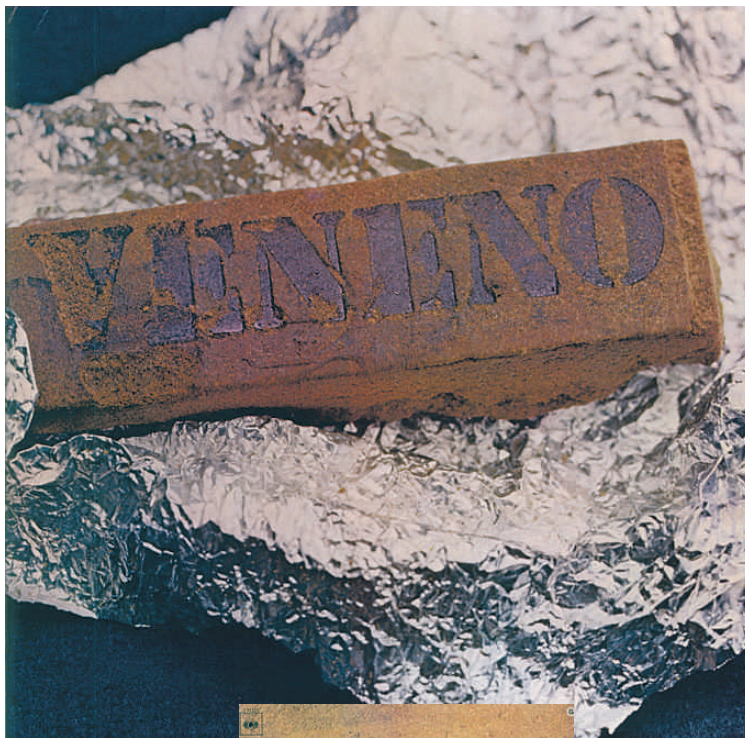


Reciclaje



Las efusivas nalgas de Velvet Underground, piadosamente ocultadas por los censores



Ampliando una pastilla de hachís se convirtió en simple textura para portada de LP. El diseño original de Sticky Fingers, cremallera incluida.



Xavier Valiño
Veneno en dosis camufladas: La censura en los discos pop-rock durante el franquismo

EDITORIAL MILENIO
528 PÁGINAS
48 EUROS

Rock censurado El franquismo se dedicó a cortar o alterar canciones míticas

Pitidos y chapuzas contra la indecencia

IGNACIO JULIÀ

Pertenezco a una generación queapuró la adolescencia sorteando los tajos con que la censura adecentaba la pobre oferta cultural tardo-franquista. El cine, la literatura, también la música pop, nos llegaban revisados desde una patética moralina. Quedan secuelas de aquel disparate: cada vez que suena el éxito de Don McLean *American Pie*, algunos llegamos al verso “el padre, el hijo y el espíritu santo” y somos retroactivamente asaltados por un pitido electrónico. Impuesto en la edición autóctona del disco por decisión de un censor que, obviamente, no entendía que el autor se refiere a otra santísima trinidad, la desaparecida en el accidente aéreo que acabó con Buddy Holly. Sucesivas ediciones, ya limpias de trasnochado catolicismo, no han acabado totalmente con el eco del impertinente chirrido.

Aquellos tijeretazos, también es verdad, encendían la imaginación perspicaz. ¿Por qué el título de una canción del antológico álbum azul de los Beatles venía impreso sobre una tira plateada? Radio macuto pronto nos informaba de que dicho tema tapaba el editado internacionalmente *The Ballad of John and Yoko*, no sólo por ser obra del más sospechoso de los Beatles, también por menciones a la crucifixión y Gibraltar!

Obsesionada con la siempre sospechosa canción de autor, la censura no se interesa por el rock hasta 1966, durante la etapa como ministro de Fraga Iribarne, atento al peligro de la subversión melenuda que conlleva la apertura necesaria para el turismo. Tan ridícula tutela se recruce a partir de 1970: se pretende sofocar, en primerísimo lugar, cualquier alusión erótica, entrando luego en cuestiones religiosas, polí-

ticas y sociales. En varias gradaciones de infamia: la prohibición sin más o la alteración de letras y grafismos. Más sibilina era la condena al fracaso comercial de permitir la edición calificándola como “texto gramofónico no radiable”. Cuatro mil vinilos recibieron el siniestro tamponazo entre 1960 y 1977.

De Dylan a Cohen

Ya que no podían evitar el contagio generalizado de música tan pernicioso, recortarian vigilantes aquí y allá en un zafio intento de manipular su influencia. Con una total ignorancia en la materia, que les llevó a acusar a la beatífica *Good Vibrations*, de Beach Boys, de “sublimar excitaciones sexuales” y conectar con movimientos radicales de Estados Unidos. O a prohibir en primera instancia *Blonde on Blonde* de Dylan por, entre otras razones, ser un disco *homosexualista*.

Eran los censores arbitrarios y a menudo incompetentes. Se les escapó la sugestiva *Je t'aime moi non plus* de Gainsbourg; los gemidos de Jane Birkin no estaban incluidos en la letra presentada a censura.

Saludemos a los mojigatos a sueldo de la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos, dependiente del Ministerio de Información y Turismo, por estas tropeías. La de mayor resonancia internacional, pues hoy la edición ibérica se cotiza al alza, sería la portada de *Sticky Fingers*, elepé de los Rolling Stones. Si el título aludía a la masturbación, coherente era la troquelada carátula de Andy Warhol, unos ceñidos pantalones tejados de abultada virilidad y funcional cremallera. Por supuesto, fue prohibida. Paradójicamente, el grupo les coló una sucia alternativa, la pringosa lata de melaza de la que surgen unos dedos femeninos. Otra chapuza, la sustitución, en el disco en vivo de Lou Reed *Rock'n'roll Animal*, de Heroin por la versión en estudio ya publicada de *Walk on the Wild Side*, por segunda vez sin advertir su mención al sexo oral.

Esta burocracia –que afectó a discos de Leonard Cohen, Roxy Music, David Bowie, The Who, Jethro Tull, Frank Zappa, Jimi Hendrix, y aquí a Los Brincos, Los Bravos o Veneno, cuya postura de hachís en portada fue ampliada hasta hacerla irreconocible– la destripa con erudito rigor, y una piadosa mirada a los perversos funcionarios que la ejercieron, el periodista gallego Xavier Valiño en el libro *Veneno en dosis camufladas*. Una larguísima investigación que le ha llevado hasta los archivos donde se conservan los partes de los censores, desvelando este pintoresco aspecto de nuestra no tan remota historia. Quizá leerlo haga esfumarse definitivamente aquel molesto pitido. |